

AMBROSIO ROMERO CARRANZA **(en el centenario de su nacimiento)**

Pronunciada el 26/8/2004 en el acto conjunto con la Academia de Derecho y la Universidad Católica
Por Alberto Rodríguez Varela

En 1954 –ha pasado ya medio siglo- conocí a tres hombres singulares que estuvieron unidos por estrechos lazos de amistad y que ejercieron mucha influencia en mi formación moral e intelectual. Me refiero a Ambrosio Romero Carranza, Manuel V. Ordóñez y Manuel Río. Los tres fueron miembros titulares de las Academias que organizan con la UCA este homenaje y a lo largo de sus vidas dieron siempre testimonio de su fe religiosa y de su disponibilidad para servir comunes ideales cívicos. Durante varias décadas ejercieron un formidable magisterio ante los auditorios más diversos. El eco de sus palabras todavía resuena en mis oídos. Tengo con ellos una deuda de gratitud que nunca podré saldar.

Hoy debo referirme especialmente, en nombre de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, a Ambrosio Romero Carranza, porque celebramos con este acto el centenario de su nacimiento.

En ese año 1954, por invitación de Eduardo Ventura, que hoy comparte esta tribuna en nombre de la Pontificia Universidad Católica, concurrí por primera vez al Seminario de Historia Argentina que Romero Carranza había fundado con Ordóñez y Río, en una vieja casa de la calle Carlos Pellegrini, frente al Obelisco, cedida por Monseñor Miguel de Andrea. Asistían a las reuniones –entre otros- Juan Isidro Quesada, Iván Vila Echagüe, Cesar García Belsunce, Carlos María Gelly y Obes, Carlos Floria, Gaspar Ferrer, Alejandro Padilla, Roberto Garbini y Estanislao del Campo Wilson.

Confieso que me impresionó la atención que Romero Carranza prestaba a los balbuceos de algunos –como el que habla- de apenas dieciocho años, llegando al extremo de confiarnos investigaciones y trabajos que, de modo sorprendente para nosotros, con el tiempo fueron publicados.

En esos días Manuel Río ultimaba la redacción de su *“Programa para un Estudio de la Historia Argentina”*. Fue un libro breve, de contenido denso, que marcó orientaciones muy claras para la labor del Seminario. Lo he releído muchas veces, encontrando siempre en sus páginas nuevas sugerencias para la interpretación de nuestra Historia.

Bajo el impulso y el empeño de Romero Carranza, el Seminario organizó ciclos de conferencias e inició una serie de publicaciones. Aparecieron de esa forma, bajo su dirección, libros como *“Gobernantes de Mayo”*, *“Las Ideas Políticas de Mayo”*, *“Controversias Políticas del Ochenta”* y *“El Congreso de Tucumán”*. Tuvo el acierto de convocar a un amplio espectro de colaboradores que participaron como coautores. Pero él

fue el inspirador –además de principal redactor- y a quien se debe que esos libros hayan sido publicados.

También a iniciativa suya y bajo su dirección se publicó la *“Historia Política y Constitucional de la Argentina”*, en tres volúmenes, y el Manual que la sintetiza, con ocho ediciones impresas a partir de 1977.

A esos libros debemos sumar los dos que dedicó a Félix Frías –el último editado por la Academia de Derecho con motivo de su nonagésimo cumpleaños-, ambos escritos con la colaboración de Juan Isidro Quesada.

Al mismo género histórico pertenece una multitud de artículos escritos en diarios y revistas, sobre todo en *“Rumbo Social”*, que fundó y dirigió a lo largo de doce años, entre 1976 y 1988.

Debería mencionar también, en esta reunión académica, otros libros que evidencian su laboriosidad infatigable como *“Ozanam y sus contemporáneos”*, *“El triunfo del Cristianismo”*, *“Itinerario de Monseñor de Andrea”*, *“Qué es la Democracia Cristiana”*, *“El Derecho de Resistencia a la Opresión”*, *“Historia del Derecho Político”* (en dos volúmenes publicados por esta Academia de Derecho), *“Enrique Shaw y sus circunstancias”*, *“El terrorismo en la Historia Universal”*, e innumerables trabajos teológicos, filosóficos, jurídicos y políticos.

Lamentablemente, no puedo reseñarlos en esta breve evocación. Quiero, empero, recordar dos figuras intelectuales que ejercieron especial influjo en su pensamiento. Me refiero a Federico Ozanam, a quien le dedicó una espléndida biografía que fue traducida al francés, el italiano y el inglés. Es un libro que conmovió profundamente a Alfredo L. Palacios, presidente del jurado que integró con Luciano Molinas, Benjamín Villegas Basavilbaso y Enrique Martínez Paz, y que en 1956 –por el mérito de este libro- propuso a Romero Carranza para la titularidad de la Cátedra de Derecho Político de la Universidad de Buenos Aires, que ejerció hasta su designación como Profesor Consulto.

Esta obra pone en evidencia que Ozanam –graduado en París en Derecho y en Letras, Profesor en la Sorbona y fundador de las Conferencias Vicentinas-, a quien Juan Pablo II° ha beatificado, fue el pensador que inspiró a Romero Carranza en las frecuentes reflexiones que sobre Cristianismo y Democracia volcó en libros, folletos y artículos. Esta biografía permite también comprobar la influencia que sobre él ejercieron algunos contemporáneos de Ozanam como el Padre Henri-Dominique de Lacordaire, con sus célebres conferencias pronunciadas desde el púlpito de Notre Dame de París, y el Conde Carlos de Montalembert, quien no vaciló en afrontar un juicio ante la Cámara de los Pares, en plena Monarquía de Julio, por defender la libertad de enseñanza.

El segundo autor que ejerció un influjo decisivo en el pensamiento de Romero Carranza fue Jacques Maritain. Él mismo lo reconoció en varios trabajos que publicó en *“Rumbo Social”* y en una conferencia que pronunció en esta Academia de Derecho con

motivo del fallecimiento del gran filósofo tomista. Le consideraba “el apóstol laico más grande del siglo XX”. Sostenía que había dejado su marca a lo largo de la centuria, desde sus albores hasta su muerte, a los noventa y un años, el 28 de abril de 1973. Afirmaba, además, que ese influjo lo había ejercido “con el ejemplo de su vida, con el testimonio de su fe y mediante la irradiación de su palabra oral y escrita”

Puedo agregar que también la esposa de Maritain, la fina escritora Raissa Oumancoff, contribuyó a esa fascinación a través de su extraordinario libro “*Las grandes amistades*”, en el que relata la conversión de ambos al catolicismo, bajo el influjo de León Bloy, y el encuentro que con la misma Fe tuvieron Charles Peguy y el nieto de Renán, Ernest Psichari. En capítulos apasionantes describe el magisterio de Henri Bergson, quien finalmente llegó también al umbral de la Fe, y que con su filosofía espiritualista, expuesta en sus clases del Collège de France, sacudió el positivismo y el materialismo dominantes en la Sorbona, donde estudiaban Jacques y Raissa Maritain.

No quiero cerrar esta disertación sin referirme a otros aspectos de la vida de Ambrosio Romero Carranza. Porque no fue solo un hombre de pensamiento sino también de acción, dejándonos así su mejor lección que fue el testimonio de su vida.

No obstante no tener militancia partidaria, su posición doctrinal adversa a todo gobierno con vocación totalitaria, y su adhesión al ideario cristiano y democrático difundido desde comienzos del siglo veinte por Don Luigi Sturzo, era pública y notoria. Presumiblemente fue un factor que se computó cuando el régimen imperante, con motivo de una cláusula accesorio de la Constitución de 1949, resolvió revisar la designación de jueces y funcionarios de la Justicia Nacional. Fue dejado cesante, vivió años de pobreza, colaboró como abogado en el equipo que dirigió Manuel V. Ordóñez y que tuvo a su cargo la defensa del diario “La Prensa” confiscado a sus legítimos propietarios, fundó la agrupación de jóvenes “*Federico Ozanam*” cuyos integrantes firmamos el prólogo de su libro sobre la Democracia Cristiana, e incrementó su actuación como orador en cenáculos que no estaban contagiados por el miedo dominante y que integraban personas ávidas de escuchar su palabra valiente y firme.

La absurda persecución contra la Iglesia que se desató a fines de 1954, culminó en junio de 1955 con la quema de varias iglesias y la arbitraria detención de Monseñor de Andrea y más de un centenar de sacerdotes. Al lugar en que estaba privado de su libertad Monseñor de Andrea fue conducido Monseñor Gustavo J. Francheschi. Sin perder su buen humor, el Obispo de Temnos recibió con una sonrisa al entonces Director de la Revista “Criterio” al tiempo que le decía: “**¿por qué te has incomodado, Gustavo, en venir a visitarme?**”

Romero Carranza –que ha relatado la anécdota en un artículo de “*Rumbo Social*”- no tardó en seguir los pasos de estos dos prelados que tanta influencia ejercieron en su formación intelectual. Tal vez con Eduardo Ventura contribuimos involuntariamente a su

detención. Porque en agosto de 1955, después de salir también nosotros de Villa Devoto, fuimos a visitar a Alfredo L. Palacios, a su casona de la calle Charcas, por sugerencia de Carlos Sánchez Viamonte –primo de nuestro homenajeado-, con quien estuvimos conversando esa mañana en su concurrido departamento de Florida y Paraguay.

Palacios nos recibió con su bonhomía habitual y tuvimos así el privilegio de pasar una tarde inolvidable, contemplando el permanente peregrinaje de amigos y partidarios del viejo líder socialista. En un momento determinado llegó a entrevistar al periodista Ortiz del diario “Acción” de Montevideo. Palacios nos presentó como miembros juveniles de la naciente Democracia Cristiana. Inmediatamente Ortiz nos solicitó una entrevista con alguno de sus dirigentes. Con la aprobación entusiasta de Sánchez Viamonte, le sugerimos que se dirigiera en el acto a la casa de Romero Carranza y le suministramos su dirección. Así lo hizo y publicó algunos días después un extenso reportaje en la primera plana del diario “Acción”. Recuerdo que algunos días después, caminando por la calle Florida, observé que un canillita más o menos clandestino vendía a viva voz ese periódico uruguayo y anunciaba el reportaje a uno de los fundadores del Partido Demócrata Cristiano. Algunos días después el entrevistado ingresaba en la cárcel de Villa Devoto.

En un artículo publicado en *“Rumbo Social”*, Romero Carranza relató que su intento de entrevistar a Miguel de Andrea y Gustavo J. Francheschi para llevarles abrigo y medicamentos había resultado fallido. Pero al poco tiempo, cuando no tenía ningún interés en penetrar en ningún recinto carcelario, debió hacerlo junto a otros católicos detenidos en el mes de septiembre. Agrega que, cuando era llevado en un coche celular al Instituto de Detención, el vehículo fue interceptado por manifestantes que proferían gritos diciendo **“¡Aquí llevan a católicos, vamos a lincharlos!”**. Algunos ladrones que viajaban en el mismo celular se alarmaron y comenzaron también a gritar: **“¡No somos católicos, somos chorros!”**. Ante esta respuesta inesperada los activistas permitieron que el vehículo continuara su viaje a la cárcel. Como colofón, al finalizar su remembranza, Romero Carranza escribe con ironía: **“¡Más valía en aquella época ser chorro que católico!”**

He mencionado en esta evocación algunos pequeños fragmentos de la vida de Ambrosio. Como lo expresó Enrique Larreta al evocar desde las columnas de La Nación a Pedro Goyena, tales fragmentos son como “...un trozo de curva, cuya inclinación despierta inmediatamente la idea de la circunferencia a que corresponde”. Son insuficientes, pero reflejan el sentido que Ambrosio le dio a su existencia. No pretendo decir que no haya cometido errores, como todos los mortales. Sostener tal posición equivaldría a negar su condición humana. Sólo quiero expresar que tuvo siempre muy en claro la fragilidad y fugacidad de la vida, y la Meta definitiva a la que todos estamos llamados. Nos dio así a quienes le conocimos y tratamos un ejemplo de persistencia en el cumplimiento de sus obligaciones, con las manos puestas siempre sobre el arado, dispuesto a cumplir los requerimientos de cada jornada, sin malversar el tiempo que Dios le había reservado.

Manuel V. Ordóñez, su amigo de toda la vida, con quien compartió ideales y fatigas, al presentar en 1976 la Revista “Rumbo Social” que –como dijimos- Ambrosio fundó y dirigió a través de 33 números, recordó que cuando el Mariscal Lyautey quiso plantar cipreses en el Sahara y oyó decir que su crecimiento tardaría dos mil años, manifestó: **“¡Comencemos enseguida, no perdamos tiempo!”**.

Estas palabras sintetizan la filosofía práctica que Romero Carranza observó toda su vida a través de un programa diario de estudio y trabajo que le permitió escribir innumerables artículos en diarios y revistas, publicar 17 libros, y pronunciar incontables conferencias, todo ello sin descuidar sus obligaciones como esposo y padre, funcionario o magistrado de la Justicia Federal, profesor de varias universidades y miembro activo de entidades religiosas, académicas y científicas. Cada día, como si fuera el primero, pronunciaba su **“nunc coepit”** (ahora empiezo) y se largaba con indeclinable energía a la labor prevista para la jornada.

En el ocaso de su vida, vislumbró el final con la serenidad de los justos, confiado en la intercesión de Nuestra Señora, la venerada Theotokos del Concilio de Éfeso, a quien le dedicó el n° 18 de la revista “Rumbo Social”.

Marchó hacia el encuentro con el Señor recordando, seguramente, lo que había escrito en el trabajo que tituló “El Hijo del Hombre” y que publicó en el n° 27 de la misma revista:

“La unión de lo divino con lo humano se produce en un nuevo horizonte en el que no existen crepúsculos sino tan solo amaneceres. Y hacia allí vamos con un canto en el corazón y una esperanza en el alma, por cuanto constituye una meta iluminada por diáfana luz que no se extingue..”

“A partir del Cristianismo, la muerte dejó de ser un final temido para convertirse en una puerta abierta al infinito, a lo absoluto, a la Eternidad...Hacia allí vamos atraídos por el poderoso imán del amor de Dios..”

Señoras y Señores:

El magisterio de Ambrosio Romero Carranza, desplegado desde la cátedra universitaria y a través de libros, artículos y disertaciones pronunciadas en las más diversas tribunas, suscitó numerosos discípulos en quienes encendió el fuego sagrado que impulsa a la búsqueda insaciable de la verdad, la belleza y el bien. Por ello, como uno más, quiero terminar esta evocación reiterando, con el poeta Virgilio, las palabras de homenaje y gratitud que pronuncié en el discurso de recepción el día en que se incorporó Romero Carranza a la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas: **“Magíster: agnosco veteris vestigia flammae”**. *Maestro: reconozco en mí el calor de la antigua llama.*